

REGRESO DOMINGUERO

El domingo de mayo se va inclinando, luz pálida de las cinco, sobre los andenes de la estación de Villalba. El altavoz grita en vano, nadie hace por escucharle y, de propina, no se le entiende. La ronquera, los ruidos exteriores y los altibajos le hacen completamente inservible. El andén bulle de gentes vestidas de mil maneras, todas las ropas unidas por el presagio del verano. Una brisa tierna, fragante, se enreda en faldas y peinados. Cuando llega el tren de El Escorial, la gente sube con sosiego, sin prisas, un cansancio desbordado en cada boca. en cada bolsa entreabierta, bolsas por donde manan, revoltijo pintoresco, cachivaches montañeros, y repiquetean, a veces, colgados de un asa, una cuchara, un sacacorchos, una navaja de amenazadores muelles, un silbato... En el vagón, los pocos viajeros que vienen han anticipado su regreso, en huida de los últimos trenes, que ya vendrán atestados. Un clima familiar, de poca gente y meriendas apenas entrevistas, llena los compartimientos. Sol, que busca, punzante, los ojos. Un transistor rasga de cuando en cuando la tersura del aire. Dos mujeres machuchillas, juventud desquiciada al hombro, buscan asiento al lado de un señor que, junto a la ventanilla, lee obstinadamente una revista de chismorrería política y opulentos desnudos femeninos. El transistor se calla, repentino, ante la protesta de un viajero malhumorado. Las voces de las reclén venidas se perfilan rotundas, esa descocada agrevisidad de las palabras perdidas en el silencio expectante...

—Ven, Cuca, ven aquí. Aquí tenemos sitio... No hay más que un señor...

—Es mejor al otro lado. Aquí da el sol, y eso, niña, tú me dirás. El tren no es el campo, eso lo sabe todo el mundo.

—¡El campo, pues vaya! Como que hemos encontrado mucho campo que digamos. Todo el santo día andando y andando y no nos hemos topado un mal prado para sentarnos y poder tumbarnos un ratillo al sol. ¡Todo estaba atestado de basural!

—¡Plásticos!

—¡Trajos viejos...!
—¡Cacharros desvencijados...!
—¡Latas de conserva vacías...!
—¡Y perros muertos...!

—Es algo intolerable. ¿No es verdad usted, señor? ¿Usted vive por aquí? ¿No será usted el alcalde de Villalba? Porque, vamos, usted me contará, hay que ver cómo tienen todo esto... Es que no se lo cree nadie, nadie, es que nadie. A ver, mañana, en la oficina, a ver con qué cara digo yo que, en la sierra, pues que no hay dónde sentarse. Vamos, hombre, no me diga.

—Señora, no; lo siento; no soy alcalde de ningún sitio. Soy un hombre que lee. ¿No lo está usted viendo? Leo. Esta revista.

—Paquí, ¿has visto qué genlo tiene este señor? Y yo que me senté aquí porque me pareció todo un caballero... ¡Jesús, hijito!, no he hecho más que preguntarle si es usted alcalde, lo que, de serlo, no estaría nada mal. ¡Menudos sueldazos! Usted tiene pintología de hombre importante, ya que, no quería decírselo, pero, la verdad... ¡Para mí, la verdad ante todo...! «¡Cuca, nada de mentir...! ¡Eso, en nuestra familia, jamás...!» Así me adoctrinaba mi padre, que era todo un gran señor, sargento de la Guardia Civil, para servirle. Bueno, todo se ha de decir, no me gusta pecar de partidista: era un poco mano larga, ¿me comprende?

—Muy bien, señora. Era un gran cargo el de su padre. Por lo demás, tiene usted toda la razón. La sierra está pero que muy sucia, muchísimo.

—¿Ves, Paquí? Ya se pone de mi parte. Si yo no podía equivocarme... ¡Tengo yo un pesquis...!

—Pues anda, ponle a trabajar, Cuca, que desde que hemos subido no dejas de darme pataditas. Me molesta mucho ese vaivén. ¿No ves que estoy arreglándome el pelo? Es que con la carrera que nos hemos chupado para alcanzar el tren cualquiera no se despeina... Así... Ajá... Ya. ¿Estoy bien?

—Tú siempre estás bien, Paquí. Oye, ahora que me fijo... ¿Te has cortado el pelo? ¡Con aquella mata que tenías...!

—Pues sí que te desayunas tú prontito, cariño. Hace muchísimo tiempo que me lo corté. Ya ves, así, con este flequillo que me agranda los ojos y me los pone algo gachones, así, así, y esta melenita... No sé dónde miras... Ya va para quince días que llevo este peinado...

Paquita, mientras habla, no deja de moverse, de contonearse, se atusa el pelo, ahucándolo, crece y se abate alternativamente en el asiento y se mira, torciéndose cuanto puede, en el cristal de la ventanilla. Reitera:

—Pues *si*, hija, es muchísimo más cómodo. Un empujoncito así, con la mano, ¿eh?, y ya está. Claro que antes, con mi pelo hasta la mitad del brazo, que me tapaba los hombros, y con menos flequillo, que me ponía así, descarada, vamos, no me digas... Estaba yo... Pero ahora, pues que así me tienes, como mi amiga Clarita, la que trabaja en las oficinas del Metro.

—Clarita, bueno. Esa es joven aún, Paquí, y así, cualquiera.

—¡Cuca, tú tampoco eres una niña...!

—Paquí, dispensa. Yo lo que quería decir es que Clara...

—Tú no dices nada. Por lo menos, nada a derechas. Anda, dale la vuelta al elepé, rica, más nos valdrá. ¡Ah, mira, paramos...! ¿Dónde estaremos? ¿Qué será esto? Oiga, señor, ¿dónde estamos...?

—¡La Navata!

—¡Qué va, usted se confunde...! Yo sé que no hay ningún pueblo que se llame La Navata. Será Torrelodones. Fíjate, Cuca, como si yo no conociese la sierra igualito que la palma de la mano. A mí me está dando el tufillo de que usted, señor, de tanto leer, pues que se ha quedado usted algo así... algo... Bueno, eso, algo eso. O que es usted un quedón de órdago y, claro, pues que eso. Siempre, lo miremos como miremos, pues que me sale eso. ¿Usted se lo explica?

Un largo silencio. Las dos mujeres se dedican a observar a los demás viajeros. Notan que desde los asientos fronteros están pendientes de ellas, del tintineo de las pulseras de Paquí, de su subir y bajar infatigablemente las bolsas a la rejilla, del afanoso arreglarse el pelo... Cuca se quita sus gafas, muy gruesas, y se dispone a limpiar los cristales con un pañuelo muy sucio. Paquita aconseja:

—No limpies las gafas con esa porquería. Las vas a nublar definitivamente. ¡No esperarás que yo te haga de lazarillo...!

—Aún me defiendo, rica. De lazarillo, nada. Tú siempre tan amable. Es que no se puede contigo. Tengo el pañuelo un poco guarro, es verdad, pero acuérdate: me he tenido que limpiar como he podido después de la caída en el arroyuelo ése... Me puse imposible de... La falda, los zapatos, los codos al levantarme... ¡Puaff, qué asquito...!

—¡Huy, huy, no me lo recuerdes...! ¡Cómo olías, rica, cómo olías! ¿Se te ha evaporado ya? ¿A ver...? No, ya no hueles, menos mal. No, sí está visto. La que yo digo: tú, en la sierra, nada. Tú eres mujer del asfalto y, todo lo más, una caña en la terraza de la esquina, una vez a la semana, que también hay que medirse, administrarse... ¡Mira que ir a caerse en aquella porquería...! No te quise decir nada, porque yo tengo muy buena educación; pero, cuando volvimos al pueblo, es que me daba vergüenza, así como suena, ver-güen-za... ¿Qué va

a ser...? ¡Ir contigo al lado...! No porque llevaras las faldas mojadas y tal, sino por el delicado aroma que despedías... ¡Qué barbaridad...! ¡Qué adherente resultas...!

—Una desgracia como otra cualquiera. Bien que te reías cuando daba yo los patinazos. Ya fueron equilibrios, ya. No hay mal que cien años...

—¿Qué...?

—Un refrán, no te pases, avefría, que pareces un avefría cuando das en...

—¿Qué refrán?

—Eso de que no hay mal que cien años...

—No lo conozco. Será alguna tontería tuya.

—Te pillé. Es peor no conocer ese refrán que caerse en un río enmerdado.

—Pchsst... Allá se irán... Si tú lo dices... Para ti el refrán y para ti también el río. Eso está hecho.

Nuevo compás de espera. Se oye penetrante el traqueteo del tren. Paquita sigue con su pelo. Saca de su bolso un frasquito de esencia y se pone, con mucho mimo, unas gotas detrás de las orejas. Los viajeros de enfrente se miran, cuchichean, sonrien: se nota la ligera burla que se deslizan, caritativos, a costa de las mujeres. Cuca limpia sus gafas concienzudamente, echándoles un poquito de vaho y levantándolas contra el viento de las ventanillas abiertas, y se frota la punta de un zapato embarrado contra la media de la pierna opuesta. No parece muy satisfecha del intento, porque se coloca las gafas, se quita el zapato y se lo acerca a las narices:

—¡No hay manera humana de devolverle su ser...! —y le raspa con la uña el barro pegado al cintillo de la suela.

Paquita acude al quite, justiciera, diligente:

—No hay derecho. Hazlo para allá, échale el barro a este señor, pero a mí déjame en paz. ¿No ves que llevo mi equipo de campo nuevo?

—Es un equipo estupendo... Se nota que gozas de buena pensión. ¡Para lo que te ha servido, tan nuevecito...! Hazte cuenta que te has caído con todo él. En Villalba, ni un triste prado. Y esta mañana, en ese Torrelodones dé mis pecados, menos aún: todo cercado, que no hay guapo que salte las tapias de pedruscos; todo prohibido, todo con amenazas de multa. Y que no nos hemos atizado caminatas ni nada. Ya ni campo tenemos. ¡Jo, qué vida...! Antes, cuando yo era...

—Ya estás con tus antes, ya... No hay cosa que más me chichejo-robejeringue. Antes, antes... Antes tú no ibas a ningún sitio, porque,

sí, habría sitios a los que ir, pero no había tren, ni manera de llegar. Y si había tren, o auto, o mulas, o demonios, tú no tenías una mala perra para el billete o el alquiler de lo que fuere; lo que me viene a dar el mismo resultado. ¡Antes, antes...! Derrotismo puro, ese echar de menos lo de antes. Yo soy muy progre, muy moderna, muy partidaria de los cambios.

—Ah, ya que tanto hablas... ¿Llegaremos a tiempo del entierro? Que yo pienso ir al entierro. Yo, donde el primero en cuestiones de patria. ¡La primerita...! Mi padre me enseñó que...

—Pero ¿qué dices? ¿Qué entierro ni qué niño muerto?

—El del guardia asesinado.

—¡Arrea...! Estás tú buena. Si ya hace muchos días que fue, chica, ¡la tira...! ¿Dónde estará ya el entierro ése...!

—Lo iban a llevar a enterrar a su pueblo, en Mallorca, en las Balears. Lo trala el perió...

—Era de Canarias.

—Pues eso te estoy diciendo, que lo llevaban allí, pobrecillo.

—Pues no estás diciendo eso.

—Pues será que tú no me atiendes, de tanto pensar en el flequillo y en la murga de las pulseras... Más alto te lo podré decir; más claro, no.

—Bueno, me da igual. Para ti la perra gorda. Pero que conste: el entierro ya ha sido.

—No sé cómo dices que tienes tantas amigas, porque con tus maneras... Mira chica, la verdad ante todo: es algo difícilillo aguantarte. A mí, perdona, pero la verdad ante todo. Mi padre me adoctrinaba...

—Sí, sí, tu padre y tú, dos. ¡Lo que me faltaba que oír, que es difícil aguantarme...! Menos mal que yo sé devolver la oración por pasiva. Allá tú. Déjame un instante. Voy a meditar sobre un asuntillo que tengo pendiente mientras me aliso un poco el pelo... ¡Estas ventanillas...!

—Oréate, oréate, mi niña, que es muy sano. Pero si vas a estornudar, vuelve la cabeza, por favor. No me digas que no te lo he avisado. Que luego...

Cuca se coloca muy ceremoniosamente el zapato, con el cual ha estado accionando todo el último tiempo. Tan cuidadosa es la calzadura, que parece temer hacerle daño al zapato. Se estira su falda, una falda grls. de espiguilla, y se alisa las solapas de una chaquetilla que cubre a su vez, un jersey. Mira la medalla que lleva colgada

al cuello, se la acerca a los labios, la besa disimuladamente y la deja caer sobre el escote, un escote en ángulo muy agudo, que deja entrever el surco de los senos. Paquita, entre sacudida y sacudida a su flequillo, entre subir y bajar una vez más las bolsas de la rejilla, cree ver que el señor que va al lado de Cuca mira con cierto descaro al abismo del escote. Se acerca confidencial a Cuca y, bajito:

—Cuca, que este tío es un frescales. Le he sorprendido mirándote. ¡Mi madre, qué miradas...! ¡Es un fulano de mucho cuidado, te lo digo yo...! A lo mejor es un obseso, un maniaco de las películas ese, un sátiro, un centauro, un... Bueno, atenta, o sea ¡que no te chupes el dedo...! ¡Tengamos la fiesta en paz!

—No seas mal pensada. El señor es un caballero. De todas, todas. Me miraba la medalla, mujer, miraba la medalla.

Y levantando un poco la voz y la medalla, se aproxima al señor vecino hasta clavarle el aliento en las narices:

—Es de oro de ley. Mire, Santa Rita de Casia, abogada de imposibles. Recuerdo de mi madre. Mi madre, una-santa-que-Dios-tenga-en-su-gloria-amén, se murió en mil novecientos veinte, el día de los Inocentes. Era yo muy chavalina. Acabábamos de trasladarnos a la capital, ¿sabe?, y le sentaron mal las aguas... Cosas que pasan. ¡Tenía yo entonces unas trenzas...! ¡Y un traje malva con lacitos blancos! Tendré mucho gusto en invitarle un día a mi casa, si gusta, y enseñarle las fotos. Las fotos me las hizo mi padre. Mi padre también se murió, pero más tarde. No, en los Inocentes, no. Fue en abril. Los hombres hay algunos que aguantan mucho, no se crea. Mi padre era de éstos. Pues le decía que mi madre me dejó esta medalla en herencia. También me dejó una toquilla hecha a mano. Una fortuna que valdría hoy, pero se rompió ya. Me la he estado echando a los pies de la cama durante cuarenta años largos; claro, se escangalló. De ahí que no se la pueda ofrecer. La medalla tampoco, pero si la necesita para pedir por alguna enfermedad oculta que usted tenga y quiera alejarla, con mucho gusto se la presto. Si el préstamo gratuito no le satisface, por razones de pundonor, se la puedo alquilar por temporadas. Es muy milagrosa, se lo aseguro. Usted me parece un caballero, ya se lo vengo diciendo desde que le vi. Por algo me senté a su lado yo al subir en el tren, que, no se crea, en el tren pasan unas cosas hoy... Digamos que cosas muy raras. ¿Usted no ha tenido nunca en el tren un encuentro así, vamos, digamos, digno de recordarse?

El viajero mira con cierta curiosidad intrigada, incluso con simpatía, a las dos mujeres por vez primera. Ellas lo notan y se intercambia

una tímida sonrisa aquiescente. El viajero no sabe muy bien qué contestar. Se decide por lo más fácil:

—No, señora. Muchas gracias por su ofrecimiento. No tengo ninguna enfermedad, ni oculta ni de las otras. Por hoy al menos. Y otra vez gracias a Santa Rita y a usted.

—De nada. Pero no se haga ilusiones. Todos tenemos nuestra enfermedad. Vaya si la tenemos. Lo que pasa es que...

—Deja en paz al señor, Cuca. Siempre con tus manías de las enfermedades. Yo misma, para que veas, no tengo ninguna.

—¿Tú...? ¡Je, je, je...!

—¡Te digo que ninguna...! ¡Acaba ya de reír...!

—¡Je, je, je...! ¿Y...?

—Pues no, porque esas menudencias que me pasan yo no las llamo enfermedades. Una aspirina, y sin médico... ¿Cómo lo voy a llamar enfermedad? Para mí, una enfermedad es algo con muchísima fiebre, y mucha cama, y varios médicos, y la familia llorando al lado, y la muerte entrando y saliendo disfrazada por la alcoba; y el testamento, y los sobrevivientes saliendo a todo gas al Banco, a retirar la mosca que se pueda, y ver a parientes y bienquerientes cómo se prueban la ropa que vas a dejar...

—Para ti la enfermedad es un tango, mi pebeta linda... ¡Ja, ja, ja...!
¡Claro, tú qué vas a tener enfermedades...!

—¡Me estás poniendo negra...! No, no tengo enfermedades. Y aquí, el señor, pues tampoco.

El tren se vuelve a detener, lo que sirve para calmar los ánimos. Un oleaje de jaras y pinos se entra a raudales por las ventanillas. El señor esta vez toma la iniciativa y dice, mientras señala al cartel de la estación con un gesto estatuario:

—¡Torrelodones...!

Las dos mujeres se levantan alborotadas, bajan el cristal del todo, asoman la cabeza fuera del marco, pisotean al viajero, le arrugan la revista, rien, se empujan, hacen veladas referencias a su viaje de la mañana, floñas, regocijadas:

—¡Mira la cantina donde tomamos el café esta mañana! ¡Aún llevo aquí el croasán que nos atizaron! ¡Válgame Dios...!

—Pues si llegas a entrar en los servicios... ¡MI madrecita de mi alma, cómo estaban...!

—Ya, los conozco... Otras veces...

—Bueno, fuera porquerías...

—Paquita, ya no está el tipejo aquel que te quería ligar... Chica, qué poca suerte tienes, por lo menos por estas tierras... Que quizá en otros lugares no digo que no. Pero yo hablo de lo que se ve, que ya te veo venir enfadada. Es que no se te puede decir nada, por claro que sea... El tío de esta mañana, no me digas, era un aficionadillo al parcheo... ¡Jolines con el mozo...!

—¡El tipejo aquel, bah...! Un empleadillo de la Renfe...

—¿Pues sabes lo que te digo...? Que para lo que le necesitas, igual que si fuera un Rothschild, vamos, digo yo. ¿O te crees que los empleadillos de nada no tendrán su alma en su almarío...? No eres tú nadie.

—Yo lo que quería decir...

—Ah, ya, bueno, pues entonces... No, si acabarás por hacerme creer que tú, aquí, a buscar cantuesos y punto. Ya, ya...

Suben algunos viajeros, se arremolinan otros. Se cuefa por la ventanilla la brisa insistente, revuelta con ruidos inconcretos, repleta de distancias. Un niño lloriquea en el compartimiento trasero. La madre le da unos cachetes, mientras borbota, exasperada, alguna que otra amenaza. El tren se pone en marcha. Paquita, una desbaratada ternura oprimiéndole la voz:

—Oye ese chavalín... ¿No te da una pena especial oír llorar a un niño...?

—Como llora ése, no, angelito. Hay llantos y llantos. Ese jodío niño berrea.

—¡Cuca...! Un niño... ¡Ay, un niño...! Cuando yo hice la primera comuñión me regalaron una muñeca que lloraba. Era de las primeras que hubo... Una muñeca así, algo pepona, con pantalones con lazos debajo de las falditas...

—¡Pues vaya moda, resalada...! No me digas... Una plasta de muñeca.

—Era una moda bonita, práctica, le hacías tú los vestidos con unos patrones de papel de seda, la acunabas, la acostabas contigo... Pero ¿es posible que tú no sientas nunca el hormiguillo de tener que acunar a un niño?... Yo, a veces, siento que el pecho se me llena...

—¿Yo...? Vamos, anda... Quien con niños se acuesta... No sigo. Andas muy mal de refranes.

—¿Ni de cantarles...? Pero ¿no te has sorprendido alguna vez cantando sin porqué, acariciando a un niño? ¿Tan seca estás, Dios mío? ¿Es posible...?

—Ni seca, ni demonios, ni narices, ni rábanos, ni... Ni ni nada. Tú lo que estás es chalupa. Se echa de ver en seguidita.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Una sola cosa te digo, eso es: ¡machorra! Anda, chúpate ésa.

—¡Andá, machorra! ¡Me llama machorra! Si tú supieras... Mientras tú te ponías a punto de caramelo con tu muñequita de tu alma, la llorona ésa, yo me iba a jugar por los desmontes, anda, para que veas, con los chicos de la vecindad, por las viñas incluso entre los residuos del matadero; bajábamos a una mina abandonada, donde sabíamos que se escondían las parejas, y les sacábamos las perras a cambio de no delatarlos... Teníamos una banda, ¿te enteras?, se llamaba «La mano de seis dedos», robábamos melones y frutas de los huertos, le pintábamos bigotes y letreros a las bragas que las vecinas tendían a secar al sol y les tirábamos petardos al sereno y al alguacil en el portal de su casa... La mujer del maestro estuvo una vez a punto de diñarla de un sustito que le arreamos al echarle, por la ventana entreabierta, un cohete sin cola. Era una mujer muy soberbia, muy engreida ella, que le gustaba bañarse con frecuencia y mirarse desnuda en el espejo...

—¡Machorra...! Ya lo decía yo. ¿Y no te da vergüenza?

—¿A mí...? ¿Por qué me va a dar vergüenza? Eran cosas que se hacían, cosas normales.

—¡Machorra! Ya lo decía yo. Machorra, machorra, más que machorra... No pareces una mujer, el ser más delicado de la creación, como tienen dicho todos los grandes ingenios de la humanidad...

—¡Jollnes...! No digas imbecilidades, mi niña. Aquello era vivir, vivir como se vivía, y santas pascuas. Nada más. Ahora hacen otras gracias, cosas de gllís, a la vista está. Sin ir más lejos, ese ballar así, gesticulando, o recitar los nombres de los equipos de fútbol... Y que no son chorradas, eso, que venga Dios y lo vea.

—¿Y te duró mucho tiempo tu, digamos, tu vivir...?

—Pues hasta que una vez, bañándonos todos juntos en una charca que había algo más allá de las eras... En fin, habíamos crecido, ya teníamos quién más, quién menos, unos añitos y muchas picardías... Pues que los chicos me faltaron al respeto, ea, ya está. Eso fue.

—¿Cómo, cómo...? ¿Dónde...?

—Mira, Paquita, el dónde no se pregunta, no seas boba. ¿Dónde va a ser? Pues allí, donde acampa el respeto. ¿Querías que fuera en la cabeza, en la coronilla, sin sitio para ello? Estás lo que se dice pirada. Eso se llama curiosidad, ¿eh?, y luego dices que yo...

—Ya sales con tus paridas. ¿Cómo fue, dónde...?

—Las paridas, criatura, vienen después. Pues fueron tres seguiditos. Tres de la pandilla, uno tras otro. No, no creas que tuvimos un p'an previo, qué va. Vino la cosa así, rodada. Por cierto que el últi-

mo, me acuerdo como si fuese ahora, las pasó canutas. Le daría reparo, vergüenza, qué sé yo. A ver, tantas matracas con el pecado y con el pecado, y dale y vuêlta que te pego con el pecado, que el más bonito va y se acagacina... Ya sabes, las cosas de antes.

—Pero ¿qué estás diciendo ahí, desgraciada? Así, tan pancha. Parece que estuvieras diciendo: «Me duele un juanete», o «Me voy a ver Peter Pan». ¡Estás mochales perdida! ¿O te estás cachondeando a modo de mí? ¿No será eso? No te lo perdono, entérate de una vez.

—¡Qula, chica! Si todo el mundo lo sabe en el pueblo. Y aún viven ellos y disfrutamos en grande al recordarlo. Sobre todo el de los apurillos, que, no pienses mal, ya se le han pasado. Figúrate, carné de familia numerosa, no te digo más. El pueblo daba muy buenos tipos. Ahora nos reunimos en las fiestas de la Virgen, y durante quince días, entre toros, cucañas y demás martingalas, charlamos, charlamos tomando alguna cosilla dulce o jugamos a algo en la taberna, al parchís, a la oca, llenamos una quiniela... Me cuentan cosas, cosas, las tuyas, ¿sabes?... Parece que no les ha ido muy bien con sus mujeres... Parir, parir, nada más que parir... ¡Qué tercas!, ¿no, verdad? ¡Pobrecillos, qué poca suerte...!

—De oírte estoy en un tris de desmayarme, ¡Cuca de mi vida! ¿Y tu padre, tu señor padre...? ¿Siguió adoctrinando...? ¿Qué...?

—Pues primero pateó, gritó, se mordió los bigotes... Unos bigotes así, a lo káiser creo que se llamaban. A lo mejor eran de reglamento, vamos, bigotes de ordenanza... Mi padre fue siempre muy adicto y respetuoso con las ordenanzas... Por aquel entonces ascendió a sargento, ahora que me acuerdo... Luego, cuando ya la gente, al salir de misa los domingos, le felicitaban por el sucedido, dijo que me iba a matar, o que se iba a matar él, no estoy ya muy segura. Pero poco a poco lo fue encajando. Como, ya te digo, no era yo so'a, era así en el lugar... Allí todas lo hacían de la misma manera, con mayor o menor éxito, mayor o menos comodidad. Un día mi madre se lo llevó a la sala... ¡A mi padre, hombre...! Y al salir me lo devolvió como una malva. Debí intervenir en mi favor... Mi madre era una mujer de cuerpo entero, vaya sí lo era. Un cachitín así, sorda.

—¡Pues vaya pueblito, Señor, vaya pueblito...!

—¡Hombre, qué me vas a contar a mí! Ahora tienen hasta playa artificial y todo, y el coche de línea va todos los días, y están poniendo una discoteca fenómeno, y echan las mismas películas que aquí en Madrid. Y la feria pasada llevaron a Camilo Sesto, fíjate.

—Por Dios, calla, calla. ¡Enmudece, Cuca, enmudece! Este señor seguro, seguro que te ha oído y... ¡Se me pone carne de gallina...!

—Yo, chica, ya te lo digo, lo que mi padre me enseñó: «¡La verdad ante todo! ¡Mentir en esta casa, jamás!» Y no me ha dado mal resultado. Porque vaya aquí este señor, que ni siquiera es alcalde de Villalba, ¿voy a tener que decir yo otra cosa que no sea la verdad? ¡Jamás de los jamases!

Durante un ratito, Paquita contempla a Cuca sin pestañear, observándola, vagamente pasmada, de arriba a abajo. Pasa revista concienzuda a las ropas, los zapatos, el barro seco que los cubre, las gafas que disimulan la mirada, la medalla al cuello, las solapas rozadas, las manos regordetas y rotas por las leñas y cruzadas sobre el vientre, el pelo canoso y grifado, un impreciso halo de pobreza y dejadez... El tren suena más en esos instantes de lejana cercanía. Una bolsa mal puesta se cae de la rejilla. Ninguna de las dos hace el menor movimiento por levantarla. El señor vecino, fingiendo solicitud y seriedad, la coloca de nuevo en su sitio, apelmazándola contra las otras. Paquita, en su abstracción, no acaba de relacionar la confianza de Cuca con la estampa que ve, tan aparentemente anodina, y ahora, repentina luz, vestida de aventura y escándalo. Paquita murmura entre dientes, repitiéndose:

—¡Es increíble...! ¡Es increíble...! ¡Esta lagarta...!

El niño del otro departamento vuelve a llorar. Paquita regresa de su mutismo, escarba en su bolso, que abre y cierra infinitas veces, y encuentra un caramelo. Se levanta, se ordena el pelo y va a ofrecérselo al niño:

—¡Toma, guapo...! ¡No se llora...!

La madre del crío, una campesina voluminosa, de luto, desgrefñada, enrabiada por los lloriqueos frecuentes, vomita:

—¿Es usted la del respeto...? ¿O es su compañera...? Porque, vamos... ¡Respeto, respeto...! Eso es lo que deberían tener ustedes; qué perdición... ¡Adónde vamos a parar!

Paquita se queda con el caramelo en la mano. Y se vuelve a su sitio helada, temblorosa, una lágrima reventona en los ojos. Se deja caer en el asiento, desenvuelve despacito el caramelo, se lo mete en la boca, chupotea:

—¡Pobre chiquitín...! ¡Qué madre le ha tocado en suerte...! ¡Si fuera mío!

Y súbitamente reencontrada en su propio hueco:

—Cuca, cierra la ventana. Ese aire despeina.

—Y acatarra, que es peor. Y si enclima de que no llego al entierro...

—¡Cierra de una vez...! ¡Mira mi pelo!

—Pues la buena educación que tú tanto citas, rica, dice que quien la abre, la cierra. Y me parece que fuiste tú... A ver, buscabas al tipejo de esta mañana. Yo no tengo la culpa de que se haya dado el piro, así que no te enfades conmigo. De todos modos, soltar una lagrimita por ese fulano...

El viajero vuelve a participar con su iniciativa y, en silencio, cierra la ventanilla. Paquita le dedica una sonrisa verdaderamente jovial, rendida, ensoñadora, que no escapa a la vigilancia de Cuca:

—¡Ja, ja, ja...! ¡Otro, otro...! ¡Lo mismito que esta mañana...!

Paquita, súbitamente seria, aprieta los labios y mira al suelo. Cuca se encara con el vecino:

—Y usted, señor, ¿va muy lejos?

—Estos trenes se acaban en Atocha, ¿no? ¿Adónde quiere usted que vaya?

—¿Es usted viajante, por un casual?

—¡No!

—¿Está usted divorciado?

—¡No!

—¿Va usted huyendo de algún familiar?

—¡No!

—¿Trabaja usted en la Renfe?

—¡No!

—¿Hace usted crucigramas o rellena concursos? ¿El rompecabezas quizá?

—¡No!

—Pero esa revista... Parece buena, esa revista...

—¡Sí!

—Menos mal, caray, ya pensaba yo que usted no sabía decir más que no, no y no y que no... Pues sí que...

Paquita interviene en socorro del viajero:

—Cuca, no seas impertinente. Este señor va leyendo y tú no haces otra cosa que interrumpirle. Eso, al ratito, produce unas jaquecas tremendas; a ver, tanto cambiar la mirada y la atención de sitio... Eso es muy malo, malísimo. En el consultorio de la tele y en el de todas las revistas ilustradas, bueno, las buenas, recomiendan que no se hagan esos altibajos, esos cambalaches de atención. Son pero que muy perjudiciales. Lo menos, lo menos, quedarte bizca; ahí es nada. Señor, usted discúlpela. Estas mujeres provincianas, de edad ya algo machu-

cha, tienen una idea muy poco funcional de la educación. De ahí el subdesarrollo; en fin, qué le voy a contar que usted no sepa. Cuca, por Dios, qué va a pensar este señor de nosotras... ¡Ten más sentido de la medida...!

—Pues no se lo preguntes qué piensa de nosotras, que te va a decir que no, que no piensa nada. ¡Jesús, Jesús y Jesús, cómo te pones! Y además me parece que este hombre es de tu misma cuerda; vamos, es un decir.

—La educación es mi fuerte. Ya has visto tú más que mejor que yo no le he preguntado nada, no me he metido en su intimidad. En Estados Unidos es motivo de divorcio ese entrometimiento. Muchos artistas de cine se han separado por esa simple razón: cuando estaban leyendo una revista interesante, ¡pataplás!, llega la mujer y pregunta chorradas. Tú me dirás si esa crueldad se puede tolerar, sobre todo ahora que tanto se habla de los derechos humanos y toda la tira esa. Y a este señor, es que no hay más que ver la cara de felicidad que pone mientras lee... Perdóneme, señor, esa revista es Interjú, no, ¿verdad?

—Sí, mírela...

—No, si ya me lo parecía a mí. Yo también la leo algunas semanas, no siempre. A mí me escribieron una vez de esa revista para que me dejase retratar, ya sabe usted cómo, esa sección en colores tan sentimental...

Cuca suelta la carcajada fresca, derramada, toda la dentadura al aire, las gafas reducidas a un brillo impreciso. Le tiemblan las carnes de arriba a abajo, la medalla de Santa Rita oscila sobre el pecho tumultuosamente alborotado. El resto de los viajeros confluyen sus miradas sobre la risa estruendosa. Entre hipo y lágrimas, Cuca opina:

—¡Sería en plena canícula...!

—¡Cuca, por favor, ya no sé cómo decírtelo...! ¡Ten más educación!

—¿Educación de qué...? Siempre estás con lo mismo. Déjate ya el pelo en paz. No sé cómo no te mareas de tanto mirarte en el cristal. ¡Si no puedes verte, además!

—Mira, yo encuentro, y este señor va a estar de acuerdo conmigo, que la educación es lo mejor que hay. Porque somos fieras, eso es, auténticas fieras, y con la educación nos domesticamos. Como los leones, o los tigres, todo bicho viviente puede domesticarse. Yo tengo una amiga que es un verdadero encanto. Es de una familia... Bueno, qué familia, chica, qué familia. ¡Y tiene unas casas...! Por cierto, ahora está vendiendo mucho y tiene, por eso mismo, trato con anticuarios. Pues tenías tú que verla chalaneando con esos fulanos. Se los mete

en el bolsillo, y ten en cuenta que, si hay gente con horas de vuelo, esa son los anticuarios. Menudos, menudos son. Pero ella, mi amiga, les engaña. Y es por la educación. También hacen algo los apellidos, a ver, la gente pica en cuanto se deslumbra, y comprenderás que una tía con castillos, y molinos, y pergaminos, y rebaños, y una plaga de perros repistonados en su casa, y... Bueno, qué sé yo qué... Pues, nada, nada, que se los mete en el bolsillo... ¡Ah, la educación...! La educación doblega las montañas, y los mares, y los cielos... En fin, que con la educación...

—¿Y qué...? ¿Les vende algo esa amiguita tan educada...?

—Muebles, cuadros, lámparas, santos de madera... Sobre todo, cuadros. Todas esas cosas fueron hechas por sus antepasados, bueno, hechas, pagadas... Son unos trastos muy grandes, y ahora no caben en los pisos modernos. Y en los viejos castillos, sin calefacción, tú me dirás. Yo creo que hace muy bien en robarles, porque, luego, los revendedores, con eso de que tienen tantas y tantas sangres y linajes y líos de bastardos y cosas así, pues que cobran lo que les sale de... ¡Ay, iba a decir un disparate, perdóname! Es la indignación, la rabia que me produce que la gente quiera darse pisto con los apellidos ajenos. Eso es dar gato por liebre. Pero como lo hacen con la mayor educación del mundo, pues que así va todo. Figúrate, los anticuarios, después de darle a mi amiga buenos monises por toda esa santurronería viejales, encima, pues le besan la mano y todo, así...

Paquita, con un gesto de ojos entornados, nariz erguida, un pie adelantado, levanta su mano derecha con languidez infinita, a la espera de un imaginario beso. Se le estremecen los nudillos con un temblor de sensualidad, respira muy hondo... Una nueva parada del tren la sorprende con esa actitud:

—¡Aparta, chica, que estás estorbando...! ¡Quién te va a besar la mano a tí, sobre todo después de verte hurgarte en el pelo sin respiro...!

—Cuca, entérate. Yo solamente representaba. Yo tengo grandes dotes dramáticas. A mí no me tienen que besar la mano. ¡Yo soy una señorita! Aquí tienes la prueba de que tú, en estos asuntos de la convivencia y la comunicación, cero.

—¡Andá! ¡Es más complicado aún...! Yo suponía que eso del besuqueo en los dediles era cosa de la edad. Y tú, ya, en fin... Te vas a enfadar. Me callo.

—¡Eres incorregible! Una persona bien enseñada no dice nunca una cosa así. Una persona educada cede el sitio en el metro, te ayuda a bajar del autobús ofreciéndote su brazo, se quita el sombrero

en el ascensor, te ofrecen un cigarrillo en las reuniones, o una copa, para entablar la conversación... A veces, si hay cóyuntura, te da una flor, te la da mirándote a los ojos... Y se habla de cosas finas, cultas, y nada de chismes. Se comenta la situación, se censura al gobierno... Ahora, con el cambio político, se hace el recuento de los antiguos colaboradores de Franco y de sus enchufes, buena genteclca, buena, esos pardillos... No se resignan a quedarse calladitos en un rincón, y siguen erre que erre. ¡Te enteras de cada cosa...! En fin, que una persona educada es... Bueno, los hombres son siempre así conmigo, como te lo estoy contando. Pero las mujeres... ¿Las mujeres...? ¡Unas bestias...! ¡Y qué paridas sueltan en cuanto las dejan solitas! - Son capaces de contar cosas como la que tú has contado hace un momento.

—No sé por dónde contestarte, cuidado que has enredado cosas... Yo no sabía que también entendieras de política, tú... En cuanto a eso de que los hombres siempre te están arrullando... Pues lo que es a este andaba que va a mi costado no se le ha visto un detalle. Si vas por ahí...

El viajero se revuelve en el asiento, mira el paisaje y se come una pastilla de menta. Después de un ligero repiqueteo nervioso con las piernas, vomita:

—¡Señora, yo-no-fu-mo...! ¿Se entera?

—Bueno, bueno, a mí qué. Es por ésta que, a lo mejor, esperaba de usted todas esas finolencias que decía... Y como usted es el que está más cerca... Vamos, dígo yo, y perdóneme si fa'to.

El tren sale de Las Matas. Ligeru revuelo de la próxima llegada, de paquetes, de arreglos superfluos, de conversaciones más sosegadas. Paquita palmotea infantilmente:

—¡Miren, miren, Las Matas! Primero Las Rozas y después Las Matas. Es un chiste muy gracioso, de antes de la guerra. Pero ahora no vale, ahora vamos al revés.

—¿Cómo dices...? ¿Al revés...?

—Que vamos al revés. Primero Las Matas y después Las Rozas.

—Pues no veo el chiste por ninguna parte. Vendrá en tu almanaque y será un anuncio de alguna urbanizadora de por ahí. Otros ladrones, como los anticuarlos esos de tu amiga repolluda, la de los apellidos. Ladrones, eso es, con educación o sin ella, qué más tiene. Aquí todo cristo a chupar del bote... ¿O es que os divertiais con chistes así antes de la guerra...? Porque, no me digas, si era así, aún mataron pocos... Pues vaya...

—Hija, qué entendederas... Eres cerrada con cremallera, ¿eh?

—Mira, ¿sabes lo que te digo? Que este cacharro va muy despacio, que no se ve nada interesante por la ventanilla, y que estoy deseando llegar...

—¿Qué querías ver...? ¿El Pilar de Zaragoza? ¿La torre Eiffel?

—No sería malo... Fíjate, retamas quemadas. Porque, señor, y perdóneme otra vez, eso son retamas quemadas, ¿no es verdad, usted?

—Eran retamas, creo. Quemadas, desde luego.

—Serán retamas sin educación...

—Ríete cuanto quieras —proclama Paquita enfurruñada—. Yo sé muy bien lo que me digo. No necesito tu complicidad. Y ya está.

—Ya está.

—Sí, ya está.

—Bueno, mujer, que ya está. Eso, ya está.

Algunos viajeros se bajan en El Pinar. Al pasar por el pasillo, junto al compartimento, miran sin disimulo. Algunos no esconden una mueca guasona. Cuca desembaúla:

—Menos mal que servimos de atracción de forasteros. Algo es algo. A toda esta morralla le venía pintiparada toda esa teoría tuya de la educa. Pues fíjate si nos hubieran visto a la hora de comer, cuando llegamos a la estación, después de no haber encontrado una mala sombra para sentarnos, comer, dormir una slestecilla... Yo creo que debíamos oler a tigre...

—Oías, rica, oías, ya te lo tengo dicho... Yo llevo siempre mi desodorante.

—Yo no me pongo esas guarrerías. Provocan llagas en el sobaco y pesadillas mortales, y no te digo lo que hacen en otros sitios... ¿Carburas, Paquí?... Tú, lo que te pasa es que haces demasiado caso a la tele, y ya, ya verás algún día qué desencanto más gordo te vas a chupar, ya.

—Bueno, anda, mira el paisaje... Verás los bambis que hay sueltos por ahí. Es el monte del Pardo.

Cuca suspira varias veces, Paquita bosteza. Ambas recuerdan las glorias históricas del Pardo, y miran atentamente entre los árboles. Cuca se estremece ante la llamada del misterio:

—Mira tú que si ahora saliera cazando por ahí enmedio, cazando o paseando, y viera el cambiazo que le han dado a todo...

—Sí, cómo no, morena...

—Pues la familia, muchísimo que se alegraría. A ver, todos somos humanos. Y un padre es un padre.

—No te creas. Todo tiene sus inconvenientes. Figúrate que le da por reaparecer: todo no van a ser alegrías. A lo mejor, el Congreso le quitaba la pensión a la viuda, que ya no sería viuda, y con lo caro que se ha puesto todo...

—Y más que se va a poner, que ya lo tienen dicho por la tele...

—Ay, cuando costaba tres pesetas ir y volver al Escorial, y los trenes llegaban en punto, venga a echar humo y más humo... ¡Era tan bonito...! —casi canta Paquita, nostálgica.

—De eso debe hacer ya mucho, digo yo.

—Tú siempre con tus apostillas malvadas... Mira, mira cuántas encinas. Porque esos árboles son encinas. Señor, por favor, ¿son encinas esos árboles?

El tren va muy deprisa en este momento. El viajero, sin levantar la cabeza y canturreando por bajines, regurgita:

—Sí, todas las numeradas con pares son encinas. Mírelas despacio.

Cuca y Paquita se miran, repentina aquiescencia, boquiabiertas. No saben muy bien a qué carta quedarse ante la contestación del viajero. Cuca, más desenvuelta y al lado del viajero, se hace el signo del tornillo con un dedo en la sien. Paquita asiente arreglándose el pelo. Cuca da rodeos para reiniciar el diálogo con el vecino de asiento:

—Así que... ¿Encinas?

—No, señora. Yo me apellido Olmos.

—Mi enhorabuena, señor.

—No hay de qué.

Cuca, de pronto, sufre repentina exaltación:

—¡Cómo me gusta este campo a mí, este paisaje! Esto es campo para venir de excursión, con la merendita bien hecha y el termo bien llenito, y no el río ese de mierda donde tú me has querido ahogar. Fíjate, fíjate, son encinas, y aquí, a un pasito de casa, como quien dice, ahí al ladito mismo de La Prospe. Yo, aquí. Cuando se haga lo que dijo Suárez la otra noche, yo, aquí. Una casita chica con diez o doce encinas alrededor y ahí me las den todas. O sea, un chalé. Yo, aquí, con mi chalé. Y a vivir.

—¿Aquí? ¿En el monte del Pardo? Estás majareta. ¡Si no se puede hacer aquí nada, so piripi!

—Sí, sí que se puede, que lo dijo Suárez hace un par de noches: ni un español sin su casita. Y con todas las comodidades del mundo. Y mis comodidades, aquí. Yo las quiero aquí. Con diez o doce encinas. Hay muchas, ya lo ves, no pido tanto.

—Pero ¿aquí?

—Te has quedado de un aire. Aquí, sí, hombre, sí. Lo dijo Suárez.

—Pero ¿dónde has leído ese disparate? ¿Cuándo lo ha dicho? Ya verás cómo te oigan esos arbolistas, o ecologistas o acuiferos o lo que sean.. Si esto es un campo nacional, algo así como un Retiro para todos los españoles mayores de edad...

—Y menores acompañados... Pues lo dijo la otra noche en la tele. Cuando habló del terrorismo, tan guapamente que lo hizo. Lo dijo, lo dijo, se me saltaban las lágrimas... ¡Qué bien estuvo y qué bien plantado...!

—No sabía yo que Suárez hubiese hablado por la tele. Es hombre que no sale mucho, siempre manda a un subalterno... ¿Lo oíste tú, eso del chalé...?

Cuca necesita pensar algo, hacer arqueo de sus recuerdos. No se atreve a afirmar buenamente algo tan trascendental. Añade vacilante, escarbando en la memoria:

—Llevaba corbata y, al hablar, inclinaba la cabeza así... Tenía que ser él, claro. No hay otro... ¡Mira, mira, ahí, tan apretadas las encinas! ¡Yo escojo ahí mismo mi parcelita, no hay más que hablar...! Ya estoy viendo mi jardín. ¡Cómo olerá a la tardecita y en las noches de luna...!

En ese instante el viajero lector cierra la revista y, amabilísimo:

—¿Quiere usted que tire del timbre de alarma y se baja usted a escoger la parcelita? ¿O prefiere bajarse en marcha...?

Cuca no contesta. Agacha la cabeza, mascullando algo entre dientes. Un inesperado calor le nubla las gafas. Paquita se arregla el pelo mirando extasiada al señor de la ventanilla:

—¡Qué ocurrencial! ¡Qué buen humor...!

Luego, dirigiéndose a Cuca, aún cohibida:

—¡Vamos, espablla, que llegamos...!

—Me da lo mismo. Ya no llego al entierro...

—Nos bajaremos en Colón.

—No hay estación de Colón.

—¿Cómo que no hay estación de Colón?

—No. Es Recoletos.

—Ah, pues yo me bajo en Colón. En Recoletos es tremendo lo que hay que andar bajo tierra. ¡Aquellas galerías tan largas...! Pueden, incluso, asaltarnos. Yo quiero salir cuanto antes pueda. Salir a la calle, al aire, a la libertad.

—Pues me parece que vas a tener que andar lo tuyo si te bajas en Recoletos.

—Ya te he dicho que me bajaré en Colón.

—¡Que no hay Colón que valga, leñel ¡Es Recoletos...!

El tren se ha metido en el túnel. Las dos se levantan, acarrean sus trastos, se despiden con mucha ceremonia muy afectada, especialmente Paquita, y van a la plataforma. El viajero respira, se arrellana, se estira disimuladamente, echa la cabeza hacia atrás y entorna los ojos. Parada en los Nuevos Ministerios. Cuando el viajero comienza a saborear el silencio, vuelven las dos mujeres a los asientos, una tempestad de palabras y risas ahogada en la boca:

—No era todavía Recoletos...

—Colón será la próxima...

—¡Qué chasco...!

Paquita vuelve a alisarse el pelo, esta vez viéndose reflejada muy bien sobre el fondo negro del túnel:

—Ya no llora el niño. Se ha debido bajar en Chamartín...

—¡Menos mal...!

—Yc estaba mejor con el pelo largo. Aunque tengo los hombros bonitos y, así, algo se gana...

—Sí, estabas mejor. No se te notaba tan mayor...

Las mujeres, recontando los bártulos que llevan, hablan para sus adentros, cada cual con lo suyo:

—Ya estamos, ya. No me pescarás en otra, no... Si no fuera porque el tener la casa en orden se me cae encima, y me ayudas...

—Mañana no espero yo en el trabajo a que lleguen los oficinistas... Limpio por encima y me largo... ¿Cómo voy a contar yo esta excursión, sin un mal prado y con un río que...?

Recoletos, por fin. Nuevas despedidas, sonrisas repetidas. Mucho gusto. Encantada. Buen viaje. Buenas noches... Las dos mujeres, ya

en la plataforma, entre los gritos del altavoz, de los frenos, de las puertas automáticas, se preguntan:

—Paquita, ¿qué crees tú que sería este tío del tren, mi vecino de asiento?

—No sé... Sin duda, un aristócrata, una persona culta, que lee mucho... ¡Un encanto...! ¿No te ha parecido...?

—Pues no, chica, no. A mí más bien me ha parecido un gili, un auténtico mendrugo, incapaz de hablar dos palabras seguidas... ¡Por algo no le han hecho alcalde...!

—¡Cuca, siempre tan deslenguada...!

—¡Paquita, te encandilas rápido...!

ALONSO ZAMORA VICENTE

(De la Real Academia Española)

Pez Austral, 14
MADRID-9